



Mis primeros versos

Rubén Darío

Tenía yo catorce años y estudiaba humanidades.

Un día sentí unos deseos rabiosos de hacer versos, y de enviárselos a una muchacha muy linda, que se había permitido darme calabazas.¹

Me encerré en mi cuarto, y allí en la soledad, después de inauditos esfuerzos, condensé como pude, en unas cuantas estrofas, todas las amarguras de mi alma.

Cuando vi, en una cuartilla de papel, aquellos rengloncitos cortos tan simpáticos, cuando los leí en alta voz y consideré que mi cacumen los había producido, se apoderó de mí una sensación deliciosa de vanidad y orgullo.

Inmediatamente pensé en publicarlos en *La Calavera*, único periódico que entonces había, y se los envié al redactor, bajo una cubierta y sin firma.

Mi objeto era saborear las muchas alabanzas de que sin duda serían objeto, y decir modestamente quién era el autor, cuando mi amor propio se hallara satisfecho.

Eso fue mi salvación.

Pocos días después sale el número 5 de *La Calavera*, y mis versos no aparecen en sus columnas.

Los publicarán inmediatamente en el número 6, dije para mi capote,² y me resigné a esperar porque no había otro remedio.

Pero ni en el número 6, ni en el 7, ni en el 8, ni en los que siguieron había nada que tuviera apariencias de versos.

1. **darme calabazas:** rechazar mis intereses amorosos.

2. **para mi capote:** interiormente, para mí mismo.

ADUÉNATE DE ESTAS PALABRAS

humanidades f. pl.: letras.

inaudito, -ta adj.: extraordinario.

cacumen m.: inteligencia, agudeza.

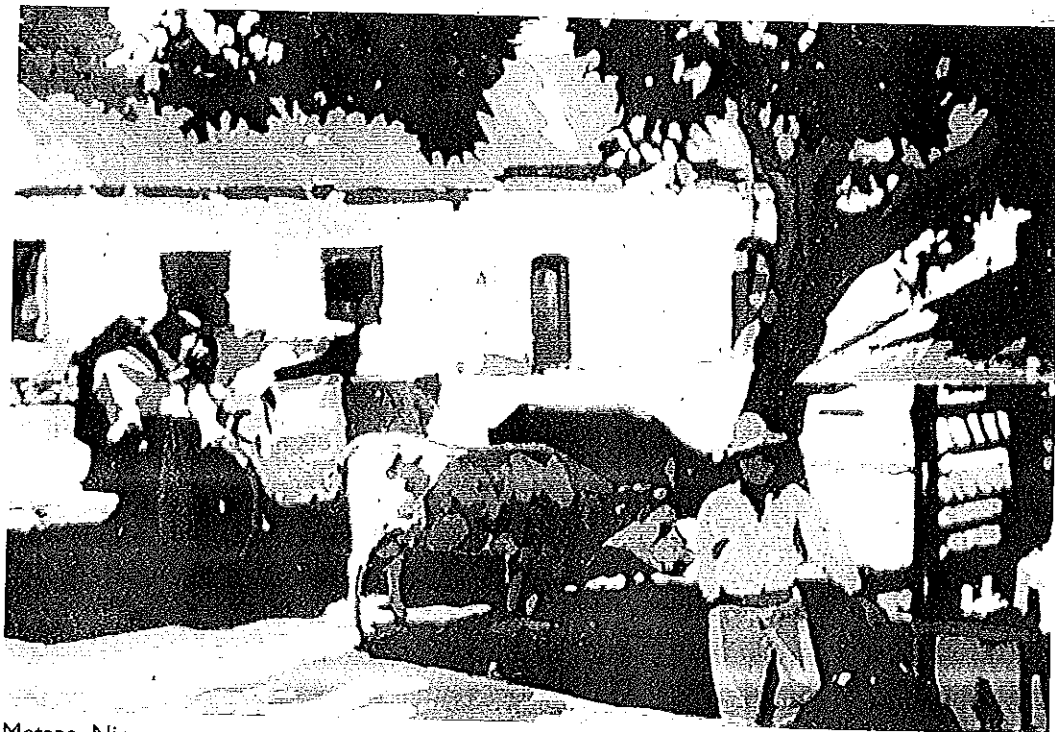


Es difícil cuando alguien rechaza tus intereses amorosos; seguramente el narrador estaba muy triste.

Parece muy presumido. Me pregunto si sus versos eran realmente buenos.

Presiento que esta aventura no tendrá un final feliz.

¿Por qué no se publicaban sus versos?



Metapa, Nicaragua.

Editorial La Muralta, S. A.

Casi desesperaba ya de que mi primera poesía saliera en letra de molde, cuando caten³ ustedes que el número 13 de *La Calavera* puso colmo a mis deseos.

Los que no creen en Dios, creen a puño cerrado⁴ en cualquier barbaridad, por ejemplo, en que el número 13 es fatídico, precursor de desgracias y mensajero de muerte.

Yo creo en Dios, pero también creo en la fatalidad del maldito número 13.

Apenas llegó a mis manos *La Calavera*, me puse de veinticinco alfileres,⁵ y me lancé a la calle, con el objeto de recoger elogios, llevando conmigo el famoso número 13.

A los pocos pasos encuentro a un amigo, con quien entablé el diálogo siguiente:

—¿Qué tal, Pepe?

—Bien, ¿y tú?

3. caten: miren, observen.

4. a puño cerrado: firmemente, con obstinación.

5. me puse de veinticinco alfileres: vestí mi mejor ropa.

—Perfectamente. Dime, ¿has visto el número 13 de *La Calavera*?

—No creo nunca en ese periódico.

Un jarro de agua fría en la espalda o un buen pisotón en un callo no me hubieran producido una impresión tan desagradable como la que experimenté al oír esas seis palabras.

Mis ilusiones disminuyeron un cincuenta por ciento, porque a mí se me había figurado que todo el mundo tenía la obligación de leer por lo menos el número 13, como era de estricta justicia.

—Pues bien, —repliqué algo amostazado—, aquí tengo el último número y quiero que me des tu opinión acerca de estos versos que a mí me han parecido muy buenos.

ADUÉNATE DE ESTAS PALABRAS

colmo *m.*: satisfacción completa.

fatídico, *-ca adj.*: fatal, de mala suerte.

amostazado, *-da adj.*: irritado, enojado.

Mi amigo Pepe leyó los versos y el infame se atrevió a decirme que no podían ser peores.

Tuve impulsos de pegarle una bofetada al insolente que así desconocía el mérito de mi obra; pero me contuve y me tragué la píldora.⁶

Otro tanto me sucedió con todos aquellos a quienes interrogué sobre el mismo asunto, y no tuve más remedio que confesar de plano... que todos eran unos estúpidos.

Cansado de probar fortuna en la calle, fui a una casa donde encontré a diez o doce personas de visita. Después del saludo, hice por milésima vez esta pregunta:

—¿Han visto ustedes el número 13 de *La Calavera*?

6. me tragué la píldora: acepté la situación sin protestar.

—No lo he visto —contestó uno de tantos—, ¿qué tiene de bueno?

—Tiene, entre otras cosas, unos versos, que según dicen no son malos.

—¿Sería usted tan amable que nos hiciera el favor de leerlos?

—Con gusto.

Saqué *La Calavera* del bolsillo, lo desdoblé lentamente, y lleno de emoción, pero con todo el fuego de mi entusiasmo, leí las estrofas.

Enseguida pregunté:

—¿Qué piensan ustedes sobre el mérito de esta pieza literaria?

Las respuestas no se hicieron esperar y llovieron en esta forma:

—No me gustan esos versos.

—Son malos.

—Son pésimos.

—Si continúan publicando tantas necedades en *La Calavera*, pediré que me borren de la lista de suscriptores.

—El público debe exigir que emplumen al autor.

—Y al periodista.

—¡Qué atrocidad!

—¡Qué barbaridad!

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

infame m. y f.: persona odiosa, vil, indecente, sin honra.
pésimo, -ma adj.: muy malo.

emplumen, de emplumar v.: dar una paliza, castigar.



Retrato de Rafaela Contreras, un amor de la niñez de Rubén Darío.

Editorial La Muralla, S. A.

—¡Qué necesidad!

—¡Qué monstruosidad!

Me despedí de la casa hecho un energúmeno,⁷ y poniendo a aquella gente tan incivil en la categoría de los tontos: «Stultorum plena sunt omnia»,⁸ decía ya para consolarme.

Todos esos que no han sabido apreciar las bellezas de mis versos, pensaba yo, son personas ignorantes que no han estudiado humanidades, y que, por consiguiente, carecen de los conocimientos necesarios para juzgar como es debido en materia de bella literatura.

Lo mejor es que yo vaya a hablar con el redactor de *La Calavera*, que es hombre de letras y que por algo publicó mis versos.

Efectivamente: llego a la oficina de la redacción del periódico, y digo al jefe, para entrar en materia:

—He visto el número 13 de *La Calavera*.

—¿Está usted suscrito a mi periódico?

—Sí, señor.

—¿Viene usted a darme algo para el número siguiente?

—No es eso lo que me trae: es que he visto unos versos...

—Malditos versos: ya me tiene frito el público a fuerza de reclamaciones. Tiene usted muchísima razón, caballero, porque son, de los malos, lo peor; pero ¿qué quiere usted?, el tiempo era muy escaso, me faltaba media columna y eché mano a esos condenados versos, que me envió algún quídam⁹ para fastidiarme.

Estas últimas palabras las oí en la calle, y salí sin despedirme, resuelto a poner fin a mis días.

Me pegaré un tiro, pensaba, me ahorcaré, tomaré un veneno, me arrojaré desde un campanario a la calle, me echaré al río con una piedra al cuello, o me dejaré morir de hambre, porque no hay fuerzas humanas para resistir tanto.

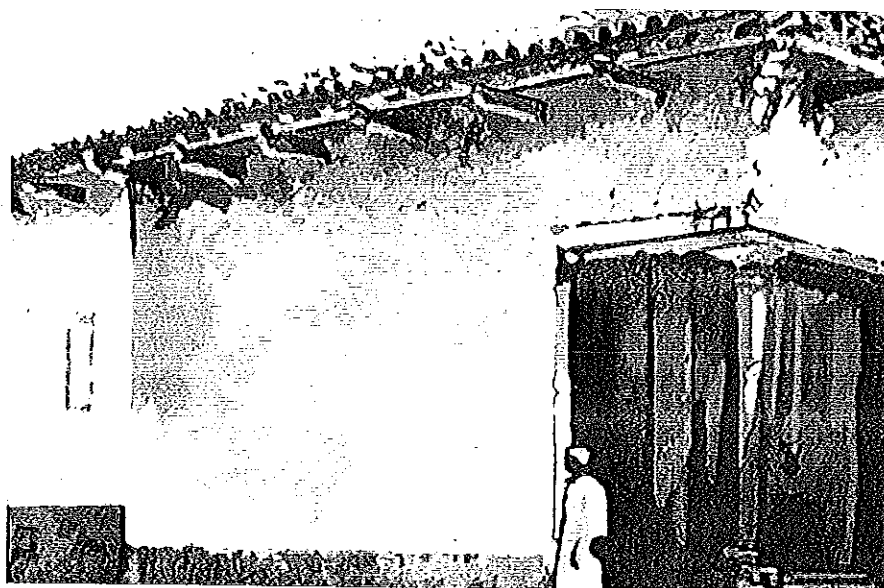
Pero eso de morir tan joven... Y, además, nadie sabía que yo era el autor de los versos.

Por último, lector, te juro que no me maté, pero quedé curado, por mucho tiempo, de la manía de hacer versos. En cuanto al número 13 y a las calaveras, otra vez que esté de buen humor te he de contar algo tan terrible, que se te van a poner los pelos de punta.

7. **energúmeno**: persona muy exaltada, furiosa.

8. **stultorum plena sunt omnia**: expresión del latín que significa que el mundo está lleno de gente tonta.

9. **quídam**: expresión que significa que una persona no tiene valor, una persona que no merece nombrarse.

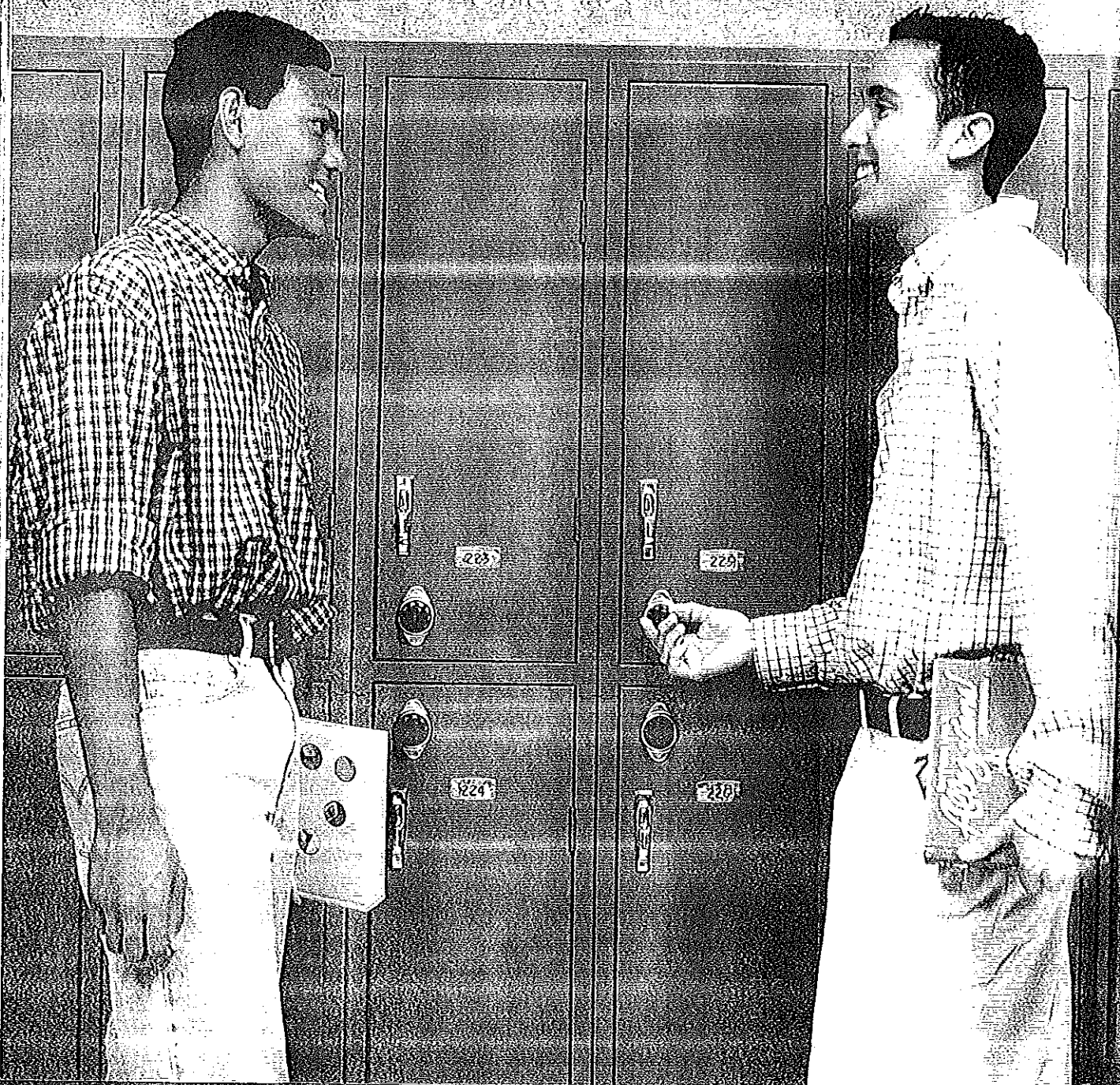


Casa donde Rubén Darío pasó su niñez.

Editorial La Muralla, S. A.

PRIMERO DE SECUNDARIA

GARIBOLDI





El primer día de clases Víctor estuvo parado en una cola media hora antes de llegar a una tambaleante mesa de juegos. Se le entregó un fajo de papeles y una ficha de computadora en la que anotó su única materia optativa: francés. Ya hablaba español e inglés, pero pensaba que algún día quizá viajaría a Francia, donde el clima era frío; no como en Fresno, donde en el verano el calor llegaba hasta 40 grados¹ a la sombra. En Francia había ríos e iglesias enormes y gente con tez clara por todas partes, no como la gente morena que pululaba alrededor de Víctor.

Además, Teresa, una niña que le había gustado desde que habían ido al catecismo juntos en Santa Teresa, iba a tomar francés también. Con algo de suerte estarían en la misma clase. Teresa será mi novia este año, se prometió a sí mismo cuando salía del gimnasio lleno de estudiantes vestidos con sus nuevas ropas de otoño. Era bonita. Y buena para las matemáticas también, pensó Víctor mientras caminaba por el pasillo rumbo a su primera clase. Se topó con su amigo Miguel Torres junto a la fuente de agua que nunca se cerraba.

Se dieron la mano al estilo raza² y movieron la cabeza como se hacía en el saludo de vato.³

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó Víctor.

—No estoy poniendo ninguna cara. Ésta es mi cara.

Miguel dijo que su cara había cambiado durante el verano. Había leído una revista de moda masculina que alguien le había prestado a su hermano y había notado que todos los modelos tenían la misma expresión. Aparecían de pie, con un brazo alrededor de una mujer bella y una especie de mueca.

1. grados: centígrados.

2. al estilo raza: saludarse con una serie de movimientos que grupos de amigos mexicanoamericanos han desarrollado y conocen.

3. saludo de vato: saludo entre dos amigos íntimos.

Aparecían sentados junto a una alberca, con los músculos del estómago delineados de sombras y con una mueca. Aparecían sentados a una mesa, con bebidas frescas entre sus manos y una mueca.

—Creo que funciona —dijo Miguel. Hizo una mueca y un temblor recorrió su labio superior. Se le veían los dientes y también la ferocidad de su alma. —Hace un rato pasó Belinda Reyes y se me quedó viendo.

Víctor no dijo nada, aunque le pareció que a su amigo se le veía bastante extraño. Hablaron de las películas más recientes, del béisbol, de sus padres y del horror de tener que recolectar uvas a fin de poder comprarse su ropa de otoño. Recolectar uvas era igual a vivir en Siberia,⁴ salvo que hacía calor y era más aburrido.

—¿Qué clases vas a tomar? —dijo Miguel con una mueca.

—Francés. ¿Y tú?

—Español. Aunque soy mexicano, no soy muy bueno para el español.

—Yo tampoco, aunque mejor que en matemáticas, te lo aseguro.

Una campana con eco metálico sonó tres veces y los alumnos se movieron hacia sus salones. Los dos amigos dieron un golpe en el brazo del otro y se fueron cada uno por su camino. Qué extraño, pensó Víctor, Miguel cree que por hacer una mueca parece más guapo.

En su camino al salón, Víctor ensayó una mueca. Se sintió ridículo, aunque con el rabillo del ojo vio que una niña lo miraba. Ah, pensó, quizá sí funcione. Hizo una mueca aún más marcada.

4. Siberia: Un lugar de Rusia, Siberia es uno de los lugares más fríos de la Tierra donde algunos prisioneros cumplían sus sentencias.

ADUÉNATE DE ESTAS PALABRAS

tambaleante *adj.*: inestable, que se mueve.

pululaba, de pulular *v.*: abundar.

mueca *f.*: gesto o expresión del rostro.

—Sí, supongo.

Comieron lentamente mientras Víctor escudriñaba el horizonte en busca de Teresa. No la vio. Seguramente trajo su propio almuerzo, pensó, y está comiendo afuera. Víctor limpió su plato y abandonó a Miguel, que le hacía una mueca a una muchacha a dos mesas de distancia.

El patio triangular y pequeño de la escuela bullía con estudiantes que hablaban de sus nuevas clases. Todo el mundo estaba de buen humor. Víctor se apresuró hacia la zona donde comían los alumnos que habían traído sus propios almuerzos y se sentó y abrió su libro de matemáticas. Movi6 los labios como si leyera, pero pensaba en otra cosa. Levantó la vista y miró a su alrededor. No estaba Teresa.

Bajó la vista y fingió que estudiaba; luego se volvió lentamente hacia la izquierda. No estaba Teresa. Pasó una página del libro y miró fijamente unos problemas de matemáticas que le causaban temor, pues sabía que tarde o temprano los tendría que resolver. Miró hacia la derecha. Aún no aparecía Teresa. Se estiró perezosamente con la intención de disimular su curiosidad.

Fue entonces cuando la vio. Estaba sentada con una amiga bajo un ciruelo. Víctor se pasó

a una mesa cerca de ella y se puso a soñar en que la invitaría al cine. Cuando sonó la campana, Teresa levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Víctor. Sonrió con dulzura y recogió sus libros. Su próxima clase era francés, igual que Víctor.

Fueron de los últimos alumnos en llegar al salón, por lo cual todos los buenos escritorios de atrás ya estaban ocupados. Víctor tuvo que sentarse hacia el frente, a unos cuantos escritorios de Teresa; mientras tanto, el señor Bueller escribía palabras francesas en el pizarrón. La campana sonó, y el señor Bueller se limpió las manos, se volvió hacia la clase y dijo:

—*Bonjour*.

—*Bonjour* —dijeron valientemente algunos alumnos.

—*Bonjour* —susurró Víctor. Se preguntó si Teresa lo habría oído.

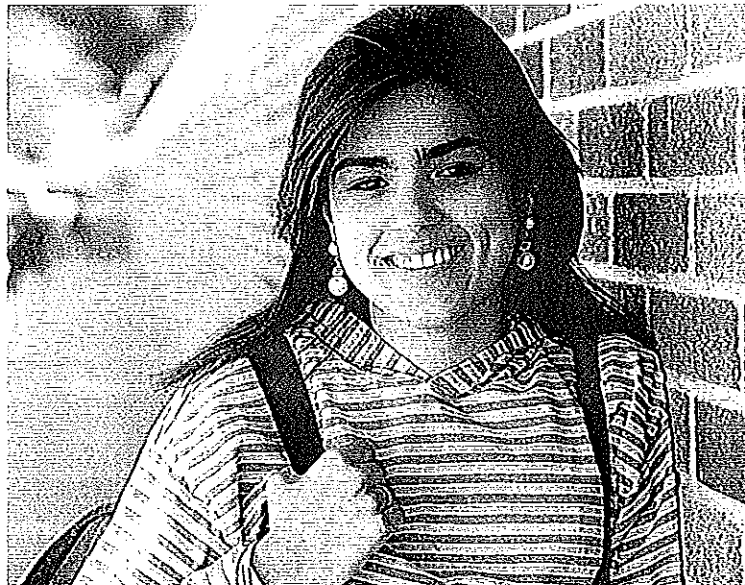
ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

escudriñaba, de *escudriñar* v.: examinar, mirar intencionalmente.

bullía, de *bullir* v.: mover(se), agitar(se).

fingió, de *fingir* v.: disimular, aparentar o engañar.

susurró, de *susurrar* v.: murmurar, hablar en secreto, hablar en voz muy baja.



El señor Bueller dijo que si los alumnos estudiaban mucho, al final del año podrían ir a Francia y comunicarse con la población.

Un niño levantó la mano y preguntó:

—¿Qué es población?

—La gente, la gente de Francia.

El señor Bueller preguntó si alguien sabía francés. Víctor levantó la mano, pues deseaba impresionar a Teresa. El maestro se puso feliz y dijo:

—*Très bien. Parlez-vous français?*

Víctor no supo qué decir. El maestro se pasó la lengua por los labios y dijo algo más en francés. La clase guardó silencio. Víctor sintió cómo lo miraban todos. Intentó salir del aprieto haciendo ruidos que sonaban a francés.

—*La me vavá con le gra* —dijo con inseguridad.

El señor Bueller arrugó la cara con un gesto de curiosidad y le pidió que hablara más fuerte.

Enormes rosales rojos florecieron en las mejillas de Víctor. Un río de sudor nervioso le recorrió las palmas. Se sentía muy mal. Teresa, sentada a unos cuantos escritorios de distancia, seguramente estaba pensando que Víctor era un tonto.

Sin ver al señor Bueller, Víctor balbuceó:

—*Francé ob sisí gagá en septiembé.*

El señor Bueller le pidió a Víctor que repitiera lo que había dicho.

—*Francé ob sisí gagá en septiembé* —repitió Víctor.

El señor Bueller se dio cuenta de que el niño no sabía francés y miró hacia otro lado. Caminó al pizarrón y con su regla de acero señaló las palabras escritas allí.

—*Le bateau* —cantó.

—*Le bateau* —repitieron los alumnos.

—*Le bateau est sur l'eau* —cantó.

—*Le bateau est sur l'eau.*

Víctor estaba demasiado debilitado por el fracaso como para participar con el resto de la clase. Miró el pizarrón fijamente y deseó haber tomado español y no francés. Mejor aún, deseó poder empezar su vida de nuevo.

Nunca se había sentido tan avergonzado. Se mordió el pulgar hasta arrancarse un jirón de piel.

La campana sonó para la siguiente clase, y Víctor salió velozmente del salón tratando de evitar las miradas de los otros niños, pero tuvo que regresar por su libro de matemáticas. Miró con vergüenza al profesor, que borraba el pizarrón, y luego abrió los ojos aterrizado al ver a Teresa parada en frente de él.

—No sabía que supieras francés —dijo—. Estuvo bien.

El señor Bueller miró a Víctor, que a su vez miró al profesor. Ah, por favor no diga nada, rogó Víctor con sus ojos. Le lavaré su coche, le cortaré su pasto, sacaré a pasear a su perro: ¡cualquier cosa! Seré su mejor alumno y limpiaré sus borradores después de las clases.

El señor Bueller removió los papeles en su escritorio. Sonrió y tarareó al tiempo que se sentaba a trabajar. Recordó su época universitaria cuando salía con su novia en coches prestados. Ella pensaba que era rico porque siempre que la recogía traía un coche diferente. Fue divertido hasta que gastó todo su dinero en ella y tuvo que escribirles a sus padres porque se había quedado sin un centavo.

Víctor no podía mirar a Teresa. Estaba sudoroso a causa de la vergüenza.

—Sí, bueno, aprendí un poco viendo películas y libros y cosas así.

Salieron del salón juntos. Teresa le preguntó si la ayudaría con su francés.

—Sí, cuando quieras.

—No te molestaría, ¿o sí?

—En lo absoluto, a mí me gusta que me molesten.

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

jirón *m.*: pedazo, trozo, tira pequeña.

tarareó, de **tararear** *v.*: «cantar» una melodía o canción con la boca cerrada.

—*Bonjour*—dijo Teresa, y se metió a su siguiente clase, dejando a Víctor afuera. Sonrió y apartó los mechones de pelo de su cara.

—Sí, claro, *bonjour*—dijo Víctor.

Se dio la vuelta y caminó rumbo a su siguiente clase. Los rosales de vergüenza en su cara se convirtieron en ramilletes de amor. Teresa es una gran muchacha, pensó. Y el señor Bueller es un buen tipo.

Corrió al taller de estructuras metálicas. Después del taller vino la biología y después de la biología un viaje veloz a la biblioteca pública, donde sacó tres libros de francés.

Le iba a gustar primero de secundaria.

—Traducción de Tedi López Mills.

CONOCE AL ESCRITOR

Gary Soto (1952–) que nació y creció en Fresno, California, tiene recuerdos muy gratos de su infancia; disfrutaba explorar, jugar y vivir en el seno de una familia alegre y con cinco niños. Estos recuerdos han sido la base de gran parte de su narrativa.

La vida de Soto cambió cuando, siendo aún estudiante de secundaria, descubrió lo que era la poesía. Refiriéndose a aquella época nos dice: «Leía todo lo que caía en mis manos y ese amor por la lectura fue el que me impulsó a tratar de escribir». A Soto le gustaba especialmente la poesía contemporánea y su autor favorito era Pablo Neruda.

Soto ha escrito cerca de veinte libros de relatos, poemas y ensayos, y dos novelas. Es famoso por sus libros autobiográficos *Living up the Street* (1985) y *Béisbol en abril* (en inglés, 1990), al que pertenece «Primero de secundaria».

En la narrativa de Soto ha influido en gran manera la clase obrera méxicoamericana



con la que creció. Soto ha dicho en alguna ocasión: «Escribo porque esas personas entre las que me crié y trabajé no saben cómo hacerlo. Sólo tengo que pensar en aquel obrero de la fábrica con el que trabajé en L.A. o en el desdentado campesino al lado de quien cavaba en el campo a las afueras de Fresno... ellos lo son todo».

De 1979 a 1993, Soto trabajó como profesor de inglés en la Universidad de California en Berkeley. Desde entonces, se ha dedicado a escribir. En 1999, le otorgaron el *Hispanic Heritage Award* en reconocimiento a su obra literaria.